

Más allá de las diferencias de los sexos **Cartografía de una erótica * ⊗**

Viviana Bega

Ante todo, quiero agradecer la invitación de la Comisión de Enseñanza del Departamento *Enlaces* a participar en esta clase. La cita más erótica es la cita donde ponemos en juego la propia enunciación y por ello esta es para mí una invitación muy especial, porque lo que me vincula a Enlaces, además de grandes amigos, tiene que ver con mi primer encuentro con el psicoanálisis. Le agradezco especialmente a Mónica Torres.

*Lo que nuestra práctica revela, nos revela, es que el saber, saber inconsciente,
tiene una relación con el amor.*
Jacques Lacan¹

*... más allá del marketing del género o el espectro lgbt+ al
que pertenezco, se trata de que haya una buena historia para contar.*
(palabras de un sujeto en transferencia).

El recorrido que les propongo parte de la lógica fálica de las diferencias hacia la diferencia radical y lo femenino como el orden del goce en cuanto tal.

Nuestro título de hoy, “Más allá de las diferencias de los sexos”, implica decir que no hay equivalencia en los sexos. La diferencia, en singular, colorea esa opacidad que siempre permanece como resto, que es el valor de cada uno y no tiene que ver con el sexo biológico que acomoda las cosas en un ordenamiento pulsional bastante predecible.

Más allá de las diferencias de los sexos está el goce. El goce no tiene un “más allá” dado que tampoco en un análisis se lo va a atravesar como al fantasma, ni caerá, sino que vivimos con ello de la mejor manera posible si tenemos el coraje de llevar el análisis aún más lejos para asomarnos allí.

Las eróticas entonces las podemos ubicar como lo que se va escribiendo de un cuerpo, el de cada uno, en un análisis. En ese punto las eróticas no estarían más allá de la diferencia, sino que se trata de la diferencia misma.

* Trabajo presentado en el Seminario *Enlaces* “Eróticas”. Clase “...más allá de la diferencia de los sexos”, 15 de mayo de 2023.

⊗ En la edición impresa de *Enlaces* n.º 29 continúa esta Sección donde encontrará los siguientes textos: “Lacan: el amor a la feminidad” de Eric Laurent, “D. H. Lawrence: el inicio de una erótica femenina para ambos sexos” de Mónica Torres, “Erotomanías” de Natalia Fernández Stocco, “Nadie como Nadia, ni como Olga, ni como...” de Valentina Minieri, “Un punto que no es como los demás” de Graciela Schnitzer y “Algunas puntuaciones sobre el tiempo, el lapso y la distancia” de María Leonor Solimano.

Me gustaría ubicar el movimiento, el lugar por donde fluye una erótica singular, nuestro mejor y único invento. Llegar al hueso de una cura, al “soy como gozo”, al *goso*, es un camino no sin repliegues, cruces, desiertos.

Lacan en el *Seminario 17* dirá que “no hay distancia entre el goce y el cuerpo”, el cuerpo se goza y esa es la vida, eso es lo vivo para el psicoanálisis.²

Podemos leer entonces que lo que subyace al “más allá” de las diferencias de los sexos es aquello que no se enlaza al significante. Con el significante nombramos las diferencias identitarias, vaya oxímoron. Más allá de las diferencias, el *parlêtre* hará “pareja” desde el cuerpo vivo y no desde el significante, entonces la cuestión central es cómo el *partenaire* se convierte en el instrumento del propio goce. Gozar del cuerpo del Otro debe entenderse al mismo tiempo como gozar del propio cuerpo que siempre tiene una dimensión de alteridad.

La presencia del cuerpo vivo es aquí esencial para pensar las eróticas.

En transferencia escuchamos la erótica del uno por uno en lo que Eric Laurent llama, en el texto “El caso, del malestar a la mentira”, la “contingencia del caso”.³ Hoy, las consultas por cuestiones de género parecen intentar ser las más persuasivas, plenas del sentido identitario al que se ven empujadas por los significantes amos de lo actual, pero podemos decir que solo se convierten en “un caso” si testimonian de un problema de goce y eso es lo que las convertirá quizás, al pasar por un análisis, en una buena historia en un mundo menos desolado.

El “problema del goce” es justamente lo que permite que tracemos las coordenadas de un mapa en el cual algo, el sexo, se inscribe de entrada como lo que será un casillero vacío.

Esa es la apuesta en una cura: que ese lugar pueda permanecer vacío. Allí advendrá la erótica singular, lo infinito de cada uno. La erótica del caso testimonia de un vacío, de un real que aparece afectado por evidencias de lo real pero que no son lo real, sino que se trata, erótica del tiempo mediante, de evidencias falaces. Lacan, en el *Seminario 23*, hace resonar en francés estas dos palabras: evidencia y vaciamiento. En la era de lo evidenciable, de la constatación visual de casi todo, vuelve a ser genial la orientación de Lacan. Algunos casos clínicos hoy no nos permiten identificarnos con el saber de la experiencia, entonces, de algún modo, se trata de una clínica de permanente vanguardia que se confronta con evidencias plenas de sentido, fuerte pulseada entre el sentido de “lo verdadero” y lo que no tiene ningún sentido sino que está fuera de él, es decir, lo real.

Si el deseo del analista es el deseo de la máxima diferencia, será una erótica del color que en el lugar vacío dice de la no inscripción en el inconsciente de los sexos. Este es nuestro norte y nuestra sustancia, el punto de la diferencia máxima que trae la idea de par coloreado para el lado color hombre y para el lado color mujer.

Lacan, en el *Seminario 23*, va a decir también que lo más evidente sin embargo puede ser falaz, las falaces evidencias del goce fálico (divertido, por cierto, cuando no es destructivo, ¡no seamos puritanos!) y en el capítulo “De una falacia que testimonia de lo real” nos encontramos con que la falacia en juego aquí es el falo. Las eróticas fálicas son falaces, podríamos decir.

Son un testimonio falaz de un real dado que lo que es evidenciable no opera sin embargo vaciando el sentido. Y el sentido siempre es fálico. Este punto es bien difícil de elucidar dado que es el viraje fundamental en la clínica del *parlêtre* que se produce al final de la enseñanza de Lacan.

A partir de allí, algo no se deja encerrar en el fantasma, algo del enlace entre el significante y el goce, sino que se esparce a todo lo que es del orden de la palabra. Entonces lo difícil de pensar es que lo simbólico se presente como medio de goce. Lo que antes ordenaba el lazo social es desenlazado del universo de las reglas para ser relacionado con el cuerpo (como sustancia gozante). Quizás esto lo podemos retomar más tarde en la conversación para pensar las consultas donde aparece la certeza de la separación entre género y sexo como única posibilidad de reingresar una palabra (o algo del orden simbólico) al cuerpo desde el lazo social.

En la viñeta literaria que elegí traer hoy, habrá el trazado de un mapa, un lugar por donde pasar. Un trazo atrapa un real. El recorrido tendrá sin duda lugares deslocalizados, extravíos, cruces de caminos hacia lo que no admite distancia: goce-cuerpo en psicoanálisis.

El título del libro es: *Sólo por la emoción. Un ensayo sobre las diferencias entre mujeres y hombres*, de Anne Carson, una escritora canadiense, contemporánea, que siempre se presenta como traductora de griego antiguo. Esta es una autora que en sus libros plantea que hablar de Eros es hablar de escritura, de letra, de lo imposible de atrapar, lo que se nos escapa y está donde menos lo esperamos. Esa es la contingencia inaprehensible de Eros para Carson.

En este libro, Anne –voy a llamarla así también en la ficción que siempre derrama lo autobiográfico de un relato– realiza un viaje desde Quebec hasta Los Ángeles, por el que nos lleva junto con su amante, un antropólogo, que aprovecha este viaje para estudiar chino clásico, un idioma que consiste solo en sabiduría, y por ese motivo y también por el gran interés de él por el placer sexual, ella lo va a llamar El Emperador.

Dice Anne: “Estoy aprendiendo a leer un mapa [...] De alguna manera imitan la realidad como el sexo imita al deseo: burdamente”.⁴ El libro comienza con lo que podría ser la construcción de un fantasma y continúa con notas poéticas como las de un diario de viaje. Leemos al comienzo: “¿Quién es esa mujer? escuché a mi padre preguntarle a mi madre una noche cuando yo bajaba la escalera de la cocina. Tardé un rato en darme cuenta que estaba preguntando por mí [...] yo no era mujer para él [...] una noche, cuando tenía doce o trece años [...] escuché [...] ‘¡No!, no va a ser como ellas’, decía con una especie de brillo en su voz. Fue la última vez que escuché ese brillo [...] Poco después empecé [...] a ser como ellas: como dice el proverbio chino, ‘había sangre en el agua ya desde la mañana temprano’ [...] pasé mi adolescencia sintiendo la falta de aprobación de mi padre. Pero descubrí que se preocuparía menos si yo no tenía género”.⁵

Inmediatamente después comienza el relato de algo que “tiene la forma de una historia de amor, no muy diferente a otras, solo que mejor documentada”⁶ en la que salir de campamento puede ser, dice, una de las mejores maneras donde descubrir la diferencia entre hombres y mujeres:

“Vine a este viaje para dejar atrás a un cierto yo. Como una pintura, se va a borrar [...] y también como el sufrimiento”.⁷ El goce con su amante es algo “secreto [...] disperso en la superficie del cuerpo del amado”⁸ y también del propio cuerpo, está en todas partes y al mismo tiempo en ninguna, dice: “Vine a este viaje para filmar el deseo: para conseguir datos [...] sobre un objeto que no se ajusta con exactitud a ningún otro”.⁹

De a poco, Anne se va convirtiendo en lo que ella llama “una confiable antropóloga de su placer”,¹⁰ se presta, se ofrece a lo más propio de él y en el libro leemos cómo eso mismo le permite ir separándose de sí misma: “No hace mucho soy una mujer...”¹¹ “El viento [...] me hace pensar en todas las mujeres que soy. El emperador sin embargo es poderosamente uno, un erudito del placer...”¹²

Las letras de él, las que va a comenzar a dibujar durante el viaje, equivocan las de Anne, como intentando ir más allá del “sin género” que tal vez podamos ubicar en lo que funciona aquí como significativa causa de goce en el margen que abre la dimisión del padre. “Sin género” como un operador de consistencia, consistencia leve en relación a lo real en juego que es la inexistencia de la relación sexual y la inadecuación radical de los sexos. Eso es lo que en un análisis dejamos caer para no seguir en el desciframiento significativo eterno. Para ir más allá del desciframiento, Lacan, en *El Sinthome*, ilumina ese real como una invención leve, frágil en sí misma, que no se enlazará a nada y que incluso no será abarcado totalmente por el sintagma “no hay relación sexual” que participa lógicamente del sí hay o no hay, es decir participa de la posibilidad lógica de que “la hubiera” y entonces sigue capturado en la lógica de las diferencias. Para que sea real, debe ir más allá de las diferencias, es decir del fantasma y su “historia fútil” que siempre es un intento de dar sentido a lo real.

Anne avanza, se enreda los pies un poco más, describe que él dibuja sobre papel de arroz letras chinas que siempre parten de un vacío, una caja, un contorno que permite el dibujo de una letra; dice: “Tinta rota es un tipo de trazo...” en el que “el pincel empieza muy cargado, pero gradualmente se seca, hasta que las cerdas se separan y dejan zonas blancas expuestas como huesos sueltos”¹³ y entonces el Emperador vuelve a cargar sus tintas cada vez que el trazo se va extinguiendo y se renueva como un deseo que tiembla en el papel de arroz y como en el movimiento del deseo, algo en la repetición va perdiendo intensidad.

Entonces ella decide intentar “terminar con la atracción” por él, dice: “Atraía mis brazos. Atraía mis ojos. Atraía mis pulmones. Atraía el sudor de mis muslos. Me atraía de noche, me atraía todo el día, me atraía sin dejarme caer, sin quemar, sin importar, ¿qué importa la atracción? ‘Es solo amor’, decía, riéndose, abriéndome la ropa. Llamaba a nuestros cuerpos ‘este lujo’ [...] Había lugares en los que el lujo desaparecía, en los que yo esperaba. Veía algo abrirse súbitamente y después lo perdía”.¹⁴

Hasta ahora partimos del fantasma “sin género”, pasamos al brillo en la voz del padre y la frase significativa que parte de “ella no va a ser como todas” lo que tal vez produce un goce que se inscribe en el cuerpo. Sin embargo, el trazado de esta cartografía erótico-poética quiere ir un poco “más allá”.

Leo a Anne: ocurrió el acontecimiento desgarrador del amor, el golpe del amor, “... de repente era una rueda corriendo barranca abajo, una luz arrojada contra la pared, un papel tirado en una zanja”¹⁵ “El amor es una historia que se cuenta sola [...] Lo recorrí como si fuera un país extranjero [...] algo lleno de lenguaje. Y al mismo tiempo puede quedarse sin palabras”.¹⁶

La erótica del libro va desde: nada se adecúa al objeto, hacia un saber hacer (con) lo real. “La diferencia entre hombres y mujeres”, dice, “es un mar sin límites” “son kilómetros oscuros de emoción [...] mirando tu perfil en la oscuridad algo me llega. Vos. La emoción. Vos”.¹⁷

Eros también se escribe en silencios. Hablamos de silencio y de vacío: de lo que retiene, demora, retrasa el acto erótico dado que la erótica no soporta un goce sin velos, las cuerdas enlazan al goce con el amor y el deseo. A su vez, la erótica deja de lado las ideas (Lacan las ubica del lado hombre) que quedan del lado del todo, para llegar al equívoco (del lado femenino) y a lo que Lacan llama “el ardor”: vamos de las ideas al ardor. Los amantes arden si y solo si sobrepasan, si hay algo que los excede, si pueden pasar del arte de decir al ardor, “*l’art-dire*” a “*l’ardeur*”.¹⁸

El placer es una forma de argumentar, dice Anne, un puro blablá, “el experimento infinito”.¹⁹

Allí ubica Lacan, a mi entender, la erótica en la que no podremos arder a base de significantes: el saber hacer del amar más allá del color hombre o color mujer, deletrear el cuerpo del Otro, instrumentarlo para leer desde allí el propio (o lo propio).

Anne: “La noche arde lentamente. Mi deseo, que siempre está al acecho y al que odio, se sienta junto a la cama. Luna llena, la última que voy a compartir con él. Parece que pasaron años. Como si cada detalle fuera toda la verdad”.²⁰

Escuchando a Billy Holiday, quizás “*Body and Soul*”, Anne nos habla del no-todo al que adviene como singularidad del goce femenino, máxima diferencia que define al goce en cuanto tal.

La erótica entre Anne y El Emperador toca un punto ligado a lo que se escribe en un análisis, ambos escriben en alfabetos diferentes, letras que dibujan “la caja”, el borde de esas letras traza un vacío, alfabetización erótica, que actúa desde un texto clandestino, plegado en alfabetos inciertos del cuerpo. El goce opaco que excluye el sentido, cartografía erótica en el texto no leído de esas letras, punto ciego de Eros que permite sin embargo el contacto con lo posible.

Diremos con Lacan que “la escritura nunca es simple inscripción”.²¹

La erótica lacaniana extrae el fuera de sentido planteado como real donde la escritura desacoplada de la palabra es un trazado que se convierte en letra. La erótica queda deslocalizada en lo escrito y Anne Carson termina el libro con una nota que titula: “Inscripciones”. “Quien se acerca a la tinta se quema, dice la sabiduría tradicional china”.²² Por allí palpita la erótica, lo imposible de decir del goce femenino.

Anne aclara que lo más difícil es contar qué une a dos personas, lo dice así: “cuidado con esta tendencia narrativa de sustituir líneas exactamente separadas con pinceladas rápidas de tinta. Sé cómo engañar a tu mente para que tu ojo admita lo que no vio. Una capa de pintura no es un desierto. Que la tinta manche el papel no es un acto de amor, y sin embargo lo es”.²³

Lacan dirá del ardor y del fuego: “El fuego es lo real. Lo real prende fuego a todo. Pero es un fuego frío. El fuego que quema es un disfraz, si puedo decirlo así, de lo real”.²⁴ Por eso podemos pensar que la orientación por lo real no es un sentido puesto que excluye la copulación de lo simbólico y lo imaginario que es en lo que consiste el sentido. Leemos entonces que se trata de una forclusión más radical. El Nombre del Padre es, a fin de cuentas, algo leve y es la forclusión del sentido por la orientación de lo real aquello que diferencia al psicoanálisis de una psicoterapia.

Para finalizar podemos situar que más allá de las diferencias, la diferencia en Lacan va de: “allí donde eso habla, eso goza” hacia “eso goza allí donde eso no habla”, donde no produce sentido.

Algo se escribe sobre el hueco vacío de un cuerpo que abraza lo indecible.

En la erótica de los cuerpos que se leen siendo Otros, el amor es contingente promesa.

Bibliografía

Lacan, J., *El Seminario, Libro 23, El sinthome*, Paidós, Bs. As., 2006.

Lacan, J., *El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1992.

Laurent, E., “El caso, del malestar a la mentira”, 3° Encuentro Americano, “La variedad de la práctica. Del tipo clínico al caso único en psicoanálisis”, agosto de 2007 [en línea], en http://ea.eol.org.ar/03/es/textos/txt/pdf/el_caso.pdf

Carson, A., *Sólo por la emoción. Un ensayo sobre las diferencias entre mujeres y hombres*, Bikini Ninja, Ciudad del Este, 2022.

Notas

¹Lacan, J., clase del 28 de febrero de 1977, Seminario 24, “*L’insu que sait de l’une-bevue s’aile a mourre*”, inédito.

²Lacan, J., *El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1992, p. 191.

³ Laurent, E., “El caso, del malestar a la mentira”, 3° Encuentro Americano, “La variedad de la práctica. Del tipo clínico al caso único en psicoanálisis”, agosto de 2007 [en línea], en http://ea.eol.org.ar/03/es/textos/txt/pdf/el_caso.pdf

⁴Carson, A., *Sólo por la emoción. Un ensayo sobre las diferencias entre mujeres y hombres*, Bikini Ninja, Ciudad del Este, 2022, p. 41.

⁵ Ibid., pp. 7-8.

⁶ Ibid., p. 8.

⁷ Ibid., p. 35.

⁸ Ibid.

⁹ Ibid.

¹⁰ Ibid., p. 79.

¹¹ Ibid., p. 41.

¹² Ibid., p.59.

¹³ Ibid., p. 91.

¹⁴ Ibid., p. 15.

¹⁵ Ibid., p. 8.

¹⁶ Ibid., p. 9.

¹⁷ Ibid., p. 13.

¹⁸ Lacan, J., *El Seminario, Libro 23, El sinthome*, Paidós, Bs. As., 2006, p. 116.

¹⁹ Carson, A., óp. cit., p. 149.

²⁰ Ibid., p. 147.

²¹ Lacan, J., *El Seminario, Libro 23, ...*, óp. cit., pp. 138-139.

²² Carson, A., óp. cit., p. 159.

²³ Ibid., p. 135.

²⁴ Lacan, J., *El Seminario, Libro 23, ...*, óp. cit., p. 119.